

La luz de la Reina

# Lumen Reginae

Reinado   
de María

N.38-JUNIO 2023

**La Paciencia**  
TOTUS TUUS

**San Efrén**  
TESTIGOS DE CRISTO

**156 Años de  
Bendiciones**  
VICTORIAS DE MARÍA



**Bajó del Cielo...**  
**para darnos su**  
*Corazón Inmaculado.*



# Lumen Reginae

Revista oficial del  
Reinado de María.  
Número 38  
Junio 2023

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.


El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.


«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

*Ad Iesum per Mariam.*


P. Rodrigo Molina, inspirador  
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 [reinadodemaria.org/](http://reinadodemaria.org/)

 [facebook.com/Reinado-de-Maria](https://facebook.com/Reinado-de-Maria)

 [instagram.com/reinadodemaria](https://instagram.com/reinadodemaria)

 [youtube.com/c/ReinadodeMaria](https://youtube.com/c/ReinadodeMaria)

# SUMARIO

**04**

EN LA ESCUELA DEL  
INMACULADO CORAZÓN

La Virgen en la Sagrada Escritura: La humilde Rut



**07**

ALMA MARIANA

María, Madre de los Sacerdotes



**08**

VICTORIAS DE MARÍA

156 años de bendiciones: Nuestra Señora del  
Perpetuo Socorro



**10**

TESTIGOS DE LA INMACULADA

San Efrén, el Cantor de María



**12**

MI INMACULADO  
CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la vida de plena consagración a Dios (I)



**14**

TOTUS TUUS  
SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

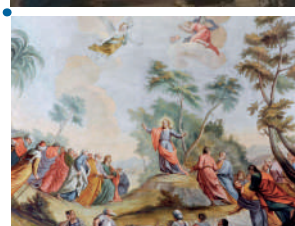
Las virtudes de Santa María (VI): La paciencia



**16**

REINADO DE CRISTO

La última Bienaventuranza



**18**

AL ENCUENTRO  
CON EL DIOS UNO Y TRINO

Santísima Trinidad, Misterio de Amor



«¿Y NO QUERÉIS  
VENIR A *Mí,*  
QUE OS OFREZCO  
LA VIDA?»

**¿**Qué Padre tenemos, que sacrifica al Hijo por el pecador! Cristo aplacó la ira justa de su Padre Dios, sustituyendo al ofensor que somos nosotros. A Dios se le ofende. Reparar es desagradar de la ofensa.



Cristo vino a reparar el pecado y dar a Dios aquello que le satisfacía más que la injuria que le ocasionó el pecado: la sumisión a Dios.

Jesucristo expió, satisfizo, reparó las ofensas de toda la humanidad, con el derramamiento de su Sangre preciosísima por nosotros en la Cruz. Agradó a Dios ese sacrificio doloroso de Cristo.

Expiar es satisfacer la injuria que he hecho a Dios por haber pecado.

Nuestros pecados tienen cierta infinitud, pues ofenden a un Dios de perfección infinita. Pero de la misma manera, nuestras pequeñas buenas obras (oraciones, sacrificios, actos de amor a Dios...) pueden tener extraordinaria grandeza, cierta infinitud, no por ser nuestros, no por lo que son en sí, sino por ir unidos a las obras, oraciones, sacrificios y amor de Jesucristo Hombre y Dios, de perfección infinita.

Para eso, especialmente, es este mes de Junio. Mes dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, mes reparador.

«Estando cierta vez delante del Santísimo Sacramento, en un día de su octava —relata Santa Margarita María de Alacoque—

recibí de Dios gracias excesivas de su amor, y me sentí estimulada por el deseo de retribución, de pagarle amor por amor. Él me dijo: *“He aquí el Corazón que tanto amó a los hombres y nada ahorró hasta agotarse y consumirse para testimoniarles su amor. En reconocimiento, solo recibo ingratitudes de la mayor parte por sus irreverencias y sacrilegios, por las frialdades y desprecios que ellos tienen por Mí en ese Sacramento de amor. Sin embargo, lo que más me hierre es el hecho de que así proceden corazones que me son consagrados. Por esto, te pido que el primer viernes después de la octava del Santísimo Sacramento sea dedicada una fiesta especial para honrar mi Corazón, comulgando en ese día y prestando a Él una solemne reparación, a fin de desagradarlo por las indignidades que recibe cuando está expuesto sobre los altares. Yo te prometo también que mi Corazón se dilatará para difundir con abundancia los influjos de su divino amor sobre aquellos que le prestaren esta honra, y se empeñen en que le sea tributada”*».

También nosotros, consagrados de María, estamos llamados

a adorar a este Corazón Divino, a reparar, a desagradar, a dar infinitas gracias por ese Pan sabroso, amasado con la carne y la sangre inmaculadas de María, que se nos ofrece en cada Santa Misa. Ese Corazón Eucarístico que *se dilatará para difundir con abundancia* en cada uno de nosotros, en nuestras familias, en el mundo entero, *los influjos de su divino amor*. ¡Qué más podemos desear!

La Virgen nos proporcionará ese riesgo valiente para esparcir el Sol de la Eucaristía en nuestros entornos para llenarlos de Luz y Vida. Sin miedos. Con generosidad.

Porque *«... la Luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la entendieron, no la pudieron aplastar... Las tinieblas del mundo de hoy no aplastarán a Cristo»* (Cf. Jn 1,5). El amor sufriente del Corazón Inmaculado de María, atravesado con una espada de dolor por los hombres que amaron más las tinieblas que la luz, ha jugado un rol determinante en su paso de las tinieblas del odio a la luz del amor.

Así nosotros en el mundo de hoy. Unidos a ese Corazón Inmaculado el triunfo es seguro.

# La Virgen

EN LA  
SAGRADA ESCRITURA



## La humilde Rut

«**B**ooz se casó con Rut, se unió a ella, y el Señor hizo que concibiese y tuviera un hijo... Noemí tomó al niño, lo puso en su regazo y fue su nodriza. Las vecinas decían: “A Noemí le ha nacido un hijo”. Y lo llamaron Obed, que fue el padre de Jesé, padre de David» (Rut 4,13.16-17).

«Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán: Abrahán fue padre de Isaac; Isaac de Jacob; Jacob de Judá y sus hermanos; Judá tuvo de Tamar a Fares y a Zéráj; Fares fue padre de Jesrón; Jesrón

de Arán; Arán de Aminadab; Aminadab de Nasón; Nasón de Salmón; Salmón tuvo de Rajab a Booz; Booz tuvo de Rut a Obed; Obed fue padre de Jesé; Jesé, del rey David. David, de la mujer de Urías, tuvo a Salomón».

«... Todos los cristianos recuerdan este inicio del evangelio de Mateo (1,1-6), que se abre con la genealogía «davídica» de Cristo. Y es aquí donde aparece también Rut, antepasada de David, y, sobre todo, una prefiguración mariana.

El nombre de la protagonista Rut resulta sugestivo en hebreo, «amiga, compañera», al igual que el de su suegra Noemí, «graciosa, dulzura mía»; pero en todo el conjunto de la narración se pone de manifiesto una gran ternura y una atención detallada hacia la psicología de los personajes, conformando un relato repleto de serenidad y de nostalgia de los felices «viejos tiempos», y que se desarrolla en el trasfondo simple y pintoresco de la campiña y de los poblados rurales.

Elimélec abandona su poblado, Belén, y emigra al extranjero, a los «campos de Moab» más allá del Jordán, con su mujer Noemí y sus dos hijos Majlón y Kilión, los cuales contraerán allí matrimonio con dos mujeres extranjeras. Elimélec muere y después, todavía jóvenes, mueren también sus hijos Majlón (¡que en hebreo quiere decir «enfermedad»!) y Kilión (en hebreo, «anonadamiento»). Queda, de ese modo, un núcleo familiar pobre e indefenso, compuesto por tres viudas: Noemí y las dos nueras, Orfá y Rut.

Noemí, sola y desprotegida, decide volver a su tierra, Belén, y en su viaje de regreso la siguen sus nueras, a pesar de la oposición de Noemí: «*Ea, volved a la casa de vuestra madre; que el Señor tenga con vosotras la misma fidelidad que habéis tenido con nuestros difuntos y conmigo. El Señor os conceda la paz en la casa de un nuevo marido*». Orfá se deja convencer, besa a su suegra y se pone en camino hacia su patria.

Rut, en cambio, no alberga duda alguna: «*No insistas más en que te deje, alejándome de ti; donde tú vayas, iré yo; donde tú vivas, viviré yo; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi*

*Dios; donde tú mueras, yo moriré, y allí quiero ser enterrada. Que Dios me castigue si algo, fuera de la muerte, me separa de ti*» (1,16-17).

Caso raro en la vida. Rut renuncia a vivir en la casa de sus padres, en compañía de sus hermanos, para cuidar de su suegra necesitada. Juntas, por consiguiente, llegan a Belén al tiempo de la cosecha de la cebada. La miseria y el hambre obligan a Rut a espigar a sueldo en el campo de un go'el, es decir, de un pariente cercano de su suegro Elimélec, de nombre Booz. Este queda conquistado por el amor y la generosidad de la mujer y, con suma discreción, la colma de atenciones.

El lazo de parentesco existente entre ambos podría dar lugar a la aplicación de la ley del levirato (del término latino «levir», que quiere decir «cuñado»), codificada en Dt 25,5-10: la viuda de un hombre muerto, sin dejar descendencia, ha de ser desposada por el hermano de este a fin de darle descendencia al hermano difunto. Booz le propone si quiere ser su esposa. A esta proposición contesta Rut llamándose humilde sierva suya. El rasgo de humildad acabó de conquistar el corazón de Booz.

Booz y Rut contraen matrimonio y dan a luz un hijo, Obed. Este deberá encarnar la descendencia tanto del difunto marido de Rut como de Elimélec, el marido de Noemí, que —debido a la muerte de sus dos hijos— había quedado sin herederos. Por eso «*Noemí tomó al niño,*



*lo puso en su regazo y fue su nodriza. Las vecinas decían: “A Noemí le ha nacido un hijo”*» (4,16-17).

Pero el punto álgido de la narración se halla en la nota genealógica final retomada por Mateo: «*Y lo llamaron Obed, que fue el padre de Jesé, padre de David*» (4,17).

Es decir, que el Evangelio afirma que por las venas del gran rey de Judea corre también sangre extranjera, la aportada por la tierna y fiel Rut, la moabita, perteneciente a un pueblo enfrentado con frecuencia a Israel.

La figura de Rut, que será contemplada como imagen de María, tiene una cualidad que la hace «distinta»: es una extranjera, un dato este bastante escandaloso en una civilización tan sensible a la pureza racial como era la hebrea. Rut se convierte en instrumento del Espíritu en la historia de la



salvación, como otras mujeres, a pesar de su debilidad.

Es la ley del «menos» que Dios transforma en «más». Nosotros hemos utilizado la cruz como señal del «más»; en realidad, como sugiere Pablo en Flp 2,6-11, ella es señal del «menos», del pequeño, del último, del despreciado.

El vacío está más cerca de Dios que el lleno; el pequeño más que el grande; el pobre más que el rico; la mujer más que el hombre; la extranjera más que la mujer miembro de la propia familia y que está dotada de los derechos congénitos.

Y es con estos desheredados con quienes Dios cumple cosas grandes: de Rut nace David, el signo de la esperanza mesiánica.

La modesta mujer extranjera recibe un destello de realeza, del mismo modo que la modesta doncella del pueblo de Nazaret recibirá en la historia el título de reina. El canto *Salve, Regina* y el himno pascual del *Regina coeli* son prueba de ello.

El Señor, que «*derriba del trono a los poderosos*», no tiene reparo alguno en instalar en él a los humildes.

Al hablar de la Virgen suele decirse: fue humilde como Rut; y debemos decir: incomparablemente más que Rut.

Las virtudes de María son tan eminentes que el mismo Dios la escoge para Madre suya; y, a la proposición del ángel, mensajero de Dios, responde con una frase semejante a la de Rut: «*He aquí la esclava del Señor*».

Y porque miró la humildad de su sierva, Dios obró en Ella grandes maravillas: la hizo esposa del Espíritu Santo y Madre del Hijo de Dios.

La humildad, virtud simpática, roba el corazón de los hombres y el corazón de Dios.

La humildad de Rut ganó el corazón de un hombre. La humildad de María robó el corazón de Dios.

El humilde es querido de Dios y de los hombres.

Es querido de los hombres, sin que él lo pretenda. Al humilde todos le aprecian y le aman.

Lo contrario sucede con el soberbio. Al soberbio, si es poderoso, se le teme; pero nadie le ama.

No es querido de los hombres ni tampoco de Dios. No hay cosa que desagrada tanto a Dios como la soberbia: que el hombre se apropie lo que no es suyo y le quiera robar la gloria al mismo Dios.

Por el contrario, al humilde que reconoce su impotencia, Dios le da su ayuda; y con la gracia de Dios practica todas las virtudes.

Y se cumple lo que afirma Jesucristo: «*El que se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado*».

La soberbia de Eva trajo la ruina al mundo; la humildad de María trajo la salvación.

La soberbia será tu ruina; la humildad será tu gloria.

Sé humilde como María y serás amado de Dios y de los hombres.

# Santa María,

## MADRE DE LOS SACERDOTES

**C**omenzamos este mes de junio con la Fiesta de Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote. ¿Cómo no hacer una especial mención de la que es venerada como Madre de todos los sacerdotes?

El P. Molina nos habla del nexo que hay entre la Virgen y el sacerdocio. Un nexo profundamente enraizado en el misterio de la Encarnación. Cuando Dios decidió hacerse hombre en su Hijo, necesitaba el “sí” libre de una criatura suya. Mediante este “sí”, María queda involucrada en el misterio de la Encarnación. Una Encarnación toda ella orientada para un sacrificio redentor en la cruz. De este modo sacrificio, sacerdocio y Encarnación van unidos; y María se encuentra en el centro de este misterio.

«“La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra y por eso lo que nacerá de Ti santo será llamado Hijo de Dios” (Lc 1, 35). “Te cubrirá...”. La misma palabra que emplea el Espíritu Santo en el Éxodo: “La nube cubrió con su sombra el Tabernáculo y la gloria de Dios llenó el Tabernáculo”. María es asimilada por el Arcángel San Gabriel al Tabernáculo, a la Tienda, a la Vivienda de Dios. Esta es la grandeza sin par de María: ser el único receptáculo de la Presencia de Dios en el mundo de

la Nueva Alianza. Como lo fue la Tienda en los 40 años de peregrinación del pueblo de Dios por el desierto y lo fue el Templo y su Arca a partir de su consagración por Salomón.

Y en la cruz Jesús dice: “Mujer he ahí a tu hijo. Y dirigiéndose al discípulo le dijo: He ahí a Tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la tomó consigo” (Jn 19, 27). Con estas palabras, Jesús nos da su Testamento: nos entrega a su Madre. Jesús, en un acto de supremo amor, clava los ojos en mí, piensa en mí. Mira a su Madre y promulga su maternidad espiritual.

San Juan está al pie de la cruz representando a todos los que en la sucesión de los tiempos serán discípulos de Jesús (muy especialmente a los sacerdotes). Y ¿cuáles son las palabras que le dirige Jesús?: “He ahí a tu madre”. No le dice: “Ve al mundo entero a hacer apostolado”. Su primera obligación no es predicar el Evangelio, sino ser hijo de Santa María para así ser hijo perfecto de Dios. Para Jesús lo primero y más importante no es ser apóstol, sino creyente; no hacer, sino abrirse en fe-amor para acoger a Dios. La misión de ser apóstol le es encomendada más tarde, después de la Resurrección: “...Como me envió mi Padre, Yo os envío a vosotros...” (Jn 20, 21)».

El Concilio Vaticano II invita a los sacerdotes a contemplar a María como el modelo perfecto de su propia existencia, invocándola como “Madre del sumo y eterno Sacerdote, Reina de los Apóstoles, Auxilio de los presbíteros en su ministerio”. Y los presbíteros —prosigue el Concilio— “han de venerarla y amarla con devoción y culto filial” (cf. *Presbyterorum ordinis*, 18).



Viaje a Éfeso donde San Juan acogió en su casa a la Madre de Dios

# 156 Años de Bendiciones

**E**l 27 de junio se celebra la Fiesta de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. «La piedad de nuestros mayores muy acertadamente apellidó del Perpetuo Socorro a Aquella de quien se espera todo auxilio, de la que viene toda defensa» (Pío XII).

La Virgen, tan difundida por todo el mundo con este título, se venera en Roma desde finales del siglo XV. La imagen original es un icono bizantino, procedente de Creta, que representa a la Virgen con el Niño. Éste observa a dos ángeles que le muestran los instrumentos de su futura Pasión mientras agarra fuertemente con las dos manos a su Madre. El cuadro recuerda la maternidad divina de la Virgen y su cuidado por Jesús desde su concepción hasta su muerte.

El primer milagro atribuido a esta bendita imagen es la curación de un niño ciego el 29 de mayo de 1867. Desde aquel feliz día, víspera de la Ascensión, la Madre del Perpetuo Socorro empezó una serie interminable de gracias y milagros hasta el presente. He aquí una historia que ocurrió no hace mucho tiempo...



Don Ignacio Tomillar y Heredia era un empresario dinámico, optimista, trabajador. No había negocio que no estudiara y, si lo encontraba asequible, lo emprendía decididamente. Explotaba varios cortijos en el interior de una de las provincias andaluzas; era accionista-consejero de unas minas recién

descubiertas en el espinazo abrupto de la provincia de Córdoba; dueño, a su vez, de una plaza de toros, de una agencia de transportes por mar y tierra; y, además, dirigía una cadena de fábricas de aceite y harina. Pero, sobre todo, era devotísimo de la Virgen del Perpetuo Socorro.



El P. Arróniz logró de sus labios la narración de la siguiente anécdota personal:

«Me encontraba angustiadísimo. Tenía que pagar, inexorablemente, tres millones de pesetas. El plazo vencía y se me cerraban esquivas todas las puertas; los Bancos me negaban sus créditos. Imposible encontrar una firma que me avalara.

Recuerdo que al salir un día del Banco X me decía el subdirector, dándome unas palmaditas en la espalda:

—Usted, don Ignacio, espera demasiado en el cielo; y el cielo no ha aprendido todavía a llover billetes de Banco.

Aquel subdirector era, ante todo, hombre práctico; cálculos y logaritmos habían secado totalmente su corazón. La gente demasiado práctica sólo entiende de negocios pequeños. Las grandes empresas son para los que confían en Dios.

Salí del Banco y me dirigí, como sonámbulo, a la iglesia. Comulgé. Después me hincé de rodillas ante el cuadro de la Virgen del Perpetuo Socorro.

*Pedí, prometí, supliqué con el alma toda. ¿Cuánto tiempo? No lo sé. Cuando llegué a casa, me esperaba mi madre que cariñosamente, me reconvenía:*

—Anda, hijo. ¿Dónde estás metido? ¡A estas horas y sin desayunar! ¿Qué jaleos te traes con el Banco Z? Ya ha llamado dos veces en pocos momentos.

—¿El Banco Z? ¡Nada...! Si hace ya tres meses, mamá, que no tengo cuenta corriente con ese Banco... Desde que se retiró el anterior director. Pero, en fin, salgo inmediatamente a ver qué quieren.

Entré. Acogida amabilísima por parte del nuevo director, con quien antes había reñido. Y esta pregunta que me deja frío:

—¿Por qué no vuelve usted a trabajar con nosotros? ¿Necesita algo? Ya sabe que se lo firmo inmediatamente...

Y me lo firmó. Con los tres millones en la mano, me presenté al Banco X. Llamé al subdirector y, devolviéndole las palmaditas cariñosas que me había dado hacía unas horas, recuerdo que le dije:

—Ya ha aprendido el cielo a llover billetes de Banco sobre los que saben pedirlos y esperarlos...

Tomé un taxi, dejé con la palabra en la boca al incrédulo subdirector y busqué una iglesia en que se venerara a la Virgen del Perpetuo Socorro. Caí de rodillas. Y ni sé lo que le dije de agradecimiento».

—Emocionante de verdad, prodigioso—dice el P. Arróniz—. La Virgen del Perpetuo Socorro está con usted.

—Padre, es verdad que la Virgen está conmigo. Y yo también procuro estar con Ella. La quiero como a una Madre; comulgo los sábados, ayuno las vísperas de sus fiestas, tengo su medalla en todas partes... y, sobre todo, en el corazón. La quiero como un niño chico... y ya ve qué bien me va.

**Madre del Perpetuo Socorro, gracias a este nombre mi corazón confía en Ti.**

**Heme aquí a vuestros pies para pedir tu maternal socorro en todas mis necesidades: escúchame desde el cielo y acógeme favorablemente.**

**En todas mis dificultades y penas: ¡Ven en mi socorro, oh cariñosa Madre!**

**En el momento peligroso de la tentación: ¡Ven en mi socorro, oh cariñosa Madre!**

**Cuando tenga la desgracia de caer en pecado, para que me levantes: ¡Ven en mi socorro, oh cariñosa Madre!**

**Para que coopere en la salvación de los pecadores: ¡Ven en mi socorro, oh cariñosa Madre!**



# San Efrén

## EL CANTOR DE MARÍA



San Efrén, diácono y doctor de la Iglesia, brilla como astro refulgente entre los grandes doctores de la Iglesia; teólogo, orador, místico y poeta. Escribió más de tres millones de estrofas. Sus textos marianos contagian devoción. Sus contemporáneos le apellidaron «Cítara del Espíritu Santo».

San Efrén nació en Nisibe, Mesopotamia (actual Irak) en el año 306. Sus himnos servían en las iglesias para exponer la doctrina cristiana, alejar las herejías y los vicios, y aumentar el fervor de los creyentes.

San Efrén se creía totalmente indigno de ser sacerdote y prefirió quedarse de simple diácono. Su muerte sucedió probablemente en junio del año 373. Celebramos su fiesta el 9 de junio.

### *Doctor de la mediación mariana*

En muchos de los sermones y oraciones a él atribuidos se afirma, como doctrina recibida por todos, la mediación e intercesión de las gracias por María, de modo perpetuo y universal, con la expresión misma de «*Mediadora*». Escribe él:

«Reina mía, Santísima Madre de Dios, llena de gracia, mar inmenso de gracias y dones secretos y divinos... Reina de todas las cosas después de la Trinidad, Consoladora después del Paráclito y Mediadora de todo el mundo después del Mediador; mira mi fe y los deseos que Dios me otorga...

Madre de Dios... Tú has recogido todas las lágrimas de la faz de la tierra, Tú has llenado la creación de beneficios, Tú has llevado la alegría a los habitantes del cielo y has salvado a los de la tierra.

Por Ti tenemos seguridad en nuestra resurrección. Por Ti esperamos ganar el reino celestial. De Ti nos viene toda gloria, honor y santidad... Toda criatura se alegra en Ti, oh llena de gracia».

«Señora mía santísima Madre de Dios y llena de gracia (...), puente del mundo entero que nos lleva al cielo (...), administradora de todos los bienes»

«Tú la única abogada y auxiliadora de los pecadores y los sin auxilio (...) Salve, óptima Mediadora de Dios y los hombres».

«Por tu medio ha venido, viene y vendrá, desde el primer Adán hasta el fin de los siglos, toda gloria, todo honor y santidad a los Apóstoles, a los profetas, a los justos y a los humildes de corazón, oh sola inmaculadísima, y en Ti, oh

llena de gracia, se alegra toda criatura».

También afirma la mediación ante su Hijo: «Mucho puede la súplica materna en presencia de su Hijo que fácilmente se dobla (a sus ruegos)».

### **Una de sus plegarias a María Inmaculada**

«¡Oh pura, Inmaculada y bendita Virgen, Madre sin pecado de tu Hijo, el poderoso Señor del universo!, a Ti cantamos, Santa y dulcísima María. Te bendecimos porque eres llena de gracia; porque llevaste en tu seno al Dios hecho hombre.

Te invocamos e imploramos tu ayuda. Rescátanos, ¡oh Santa y limpia María!, de toda necesidad y de las tentaciones del demonio.

Sé nuestra Intercesora y abogada en la hora de la muerte y el juicio; libranos del fuego eterno; haznos dignos de la gloria de tu Hijo, ¡oh amadísima y clemente Virgen María! Tú eres nuestra única esperanza...»

### **El segundo lugar después de la Trinidad:**

«María es, después de la Trinidad, nuestra Soberana: es nuestra consolación después del Espíritu Santo; la Medianera de todo el universo después de nuestro Mediador; más elevada y más gloriosa sin comparación que los querubines y serafines; abismo

insondable de la bondad divina, plenitud de las gracias de la Trinidad, como que ocupa el segundo lugar después de la divinidad».

San Efrén, «el primer doctor mariano del ejército de los Padres», no se cansa de cantar, con corazón de enamorado, a la Reina del cielo; y así declara que «el género humano depende siempre de su patrocinio»; que la humanidad «la tiene a Ella sola como su refugio y defensa y que en Ella después de Dios pone toda la esperanza».

Afirma también que la Virgen nos «distribuye siempre sus beneficios y que Ella es la Esperanza de todos los confines de la tierra, el patrocinio de todos... Ella es la puerta celestial por la que de la tierra pasamos al cielo».

### **María, virgen perpetua**

«Tú engendraste a Dios y al hombre, virgen antes del parto, en el parto y después del parto. Dios, tu Creador; tomando carne en tu seno virginal sin concurso viril, hizo caer las llaves de la puerta oriental, siempre cerrada».

La llama «corona de las vírgenes», «Madre de Dios inviolada, Reina de todas las cosas, más honorable que todos los querubines».

Con San Efrén a la cabeza, en el siglo IV, comienza ya un vigoroso desarrollo de la Mariología.

*Tú has recogido todas las lágrimas de la faz de la tierra, Tú has llenado la creación de beneficios, Tú has llevado la alegría a los habitantes del cielo y has salvado a los de la tierra.*

## Llamada a la vida de plena consagración a Dios (I)

En octubre de 1917, durante el llamado «milagro del Sol», los pastorcitos contemplaron unas visiones de la Virgen que la Hermana Lucía interpreta a la luz del Mensaje. La primera de esas apariciones fue la de la Sagrada Familia, que ya meditamos anteriormente. Hoy vamos a reflexionar en la segunda aparición que fue la de Nuestra Señora del Carmen.

La Hermana Lucía nos dice que esa aparición, *«tiene para mí el significado de una plena consagración a Dios»*.

En efecto, mostrándose revestida de un hábito religioso, María quiso representar todos los otros hábitos por los cuales se distinguen las

personas enteramente consagradas a Dios de los simples cristianos seculares.

El hábito religioso es el distintivo de una consagración, una salvaguardia del decoro y modestia cristiana, una defensa y símbolo de la persona consagrada.



El hábito es para el religioso, lo que el uniforme para el soldado y los galones para el oficial: los distingue y muestra lo que son y el lugar que ocupan, obligándolos también a un comportamiento digno de su condición.

Es por eso que dejar el hábito religioso es retroceder, es confundirse con aquellos que no recibieron esa llamada especial ni fueron escogidos para una mayor entrega y servicio.

Es despojarse de una insignia que les distingue y eleva, es descender a un nivel inferior, para poder vivir como el resto del mundo.

Las personas que un día oyeron la voz de Dios y decidieron seguir su llamamiento a una vida de plena consagración se elevaron a un nivel superior que las distingue del común de los hermanos.

Y esta distinción debe aparecer en el interior a los ojos de Dios y reflejarse en el exterior a la vista del prójimo. Es un testimonio que deben dar de la presencia de Cristo en ellos, según el estado que abrazaron y el lugar que ocupan.

Jesucristo sabía que era censurado por comer y tratar con los publicanos y pecadores mas no por eso lo disimuló; soportó y sufrió la censura para cumplir la misión que el Padre le había confiado y mostrar quién era.

Tenemos su ejemplo. Y por eso dice a los que había elegido: *«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se*

vuelve sosa ¿con qué se salará? No vale sino para tirarla fuera y que la pisotee la gente. Vosotros sois la luz del mundo. [ ... ] Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos» (Mt. 5, 13-16).

Para esto fueron llamados y escogidos por el Señor: para seguirlo, renunciando a ellos mismos y a todas las cosas de la tierra; para dar testimonio de Cristo, confesándole hasta los confines del mundo, proclamando y enseñando su doctrina con la palabra y el ejemplo; para ser luz delante de los hombres de modo que ellos vean en esas almas la imagen de Cristo.

No fueron ellos quienes eligieron al Señor, sino que ha sido Él quien los ha elegido para que vayan y den fruto. Un fruto que permanezca por medio de la perseverancia en la fidelidad.

Es sobre todo a las almas consagradas a quienes Jesús invita a entrar por la puerta estrecha. Pero si el consagrado quiere ir por la senda ancha, por caminos de libertad mal entendida, que lo apartan de la sumisión a la autoridad por medio de la obediencia, están equivocados.

Por otro lado, no vale el pretexto de “hacerse todo a todos”, pues en la práctica comprobamos que quienes “rebajan” su

consagración para mezclarse con el rebaño, lejos de atraer a las ovejas al redil, las aleja de él. Pues lo único que atrae a las almas a la verdad es la autenticidad del testimonio vivido hasta sus últimas consecuencias. Lo que el mundo de hoy y la Iglesia necesitan no son consagrados mundanos, sino santos.

Por eso el consagrado está llamado a vivir en la fe: aquella fe que ve a Dios en el prójimo, en la autoridad y en los acontecimientos, aquella fe que les certifica que la autoridad representa a Dios y que, obedeciendo, hacen la voluntad de Dios.

Modelo de esto lo tenemos en María que contemplamos hoy bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen. María nunca tuvo vergüenza de mostrarse como lo que era: la Madre del perseguido, del injusticiado. Toda su vida proclama la autenticidad de su fe llevada hasta el extremo. La Voluntad del Padre fue su norte, aunque esa voluntad la crucificara.

Es por la unión de nuestra voluntad con la suya que somos la familia de Dios.

La fe es la que ha de conducir los pasos del consagrado por el camino de la propia renuncia y la aceptación de las exigencias del Señor: Dejar la propia familia, patria, tomar la cruz, seguir al Maestro...



### Segunda aparición de la Virgen en Fátima, 13 de junio de 1917

-¿Vuestra Merced qué quiere de mí?

-*Deseo que vengáis aquí el 13 del mes próximo, que recéis el Rosario todos los días y que aprendáis a leer. Después diré lo que quiero.*

Lucía pidió la curación de una persona enferma.

-*Si se convierte, se curará dentro de este año.*

-Quería pedirle que nos llevara al cielo.

-*Sí, a Jacinta y Francisco los llevaré pronto; pero tú te quedarás aquí algún tiempo más. Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Él quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. A quien la abraza le prometo la salvación; y serán amadas de Dios estas almas como flores puestas por mí para adornar su trono.*

-¿Y me quedo sola?

-*No, hija. ¿Tú sufres mucho? No te desanimas. Yo nunca te dejaré. Mi Corazón Inmaculado será tu refugio y el camino que te conducirá hasta Dios.*

«Al decir estas últimas palabras –cuenta la Hna. Lucía– abrió las manos y nos comunicó, por segunda vez, el reflejo de aquella luz tan intensa. En ella nos veíamos como sumergidos en Dios. Francisco y Jacinta parecían estar en la parte que se elevaba hacia el cielo y yo en la que se esparcía por la tierra. Delante de la mano derecha de Nuestra Señora había un corazón rodeado de espinas que parecía se le clavaban por todas partes. Comprendimos que era el Inmaculado Corazón de María, ultrajado por los pecados de los hombres y que pedía reparación».



## Las virtudes de Santa María (VI)

### — LA PACIENCIA —

**D**e la caridad se deriva la paciencia. Una virtud que debemos pedir con asiduidad a la Santísima Virgen como hacía San Alfonso María de Liguorio: «*¡Oh Virgen Inmaculada!, de Vos espero la ayuda y fortaleza de soportar con paciencia las cruces que Dios me envíe.*»

#### ¿Qué es la paciencia?

La paciencia es la virtud que inclina a soportar sin tristeza de espíritu ni abatimiento de corazón los padecimientos físicos y morales. Es una de las virtudes más necesarias en la vida cristiana porque, siendo innumerables los trabajos que inevitablemente

tenemos todos que sufrir en este valle de lágrimas, necesitamos la ayuda de esta gran virtud para mantenernos firmes en el camino del bien sin dejarnos abatir por el desaliento y la tristeza.

Por no practicar esta virtud, muchas almas pierden el mérito de sus trabajos y padecimientos.

Sufren muchísimo más al faltarles la conformidad con la voluntad de Dios.

También la paciencia abarca la obra de misericordia de sufrir y perdonar los defectos del prójimo, como el no impacientarse ante los propios defectos y la lentitud en la adquisición de las

sólidas virtudes. Recomendamos la lectura de la Imitación de Cristo que tienen capítulos muy sabrosos y verdaderos sobre esta materia (Libro 1º c. 12, 13, 16 / Libro 2º c. 2, 10 / Libro 3º c. 13, 18, 21, 35...)

*«¿Para qué buscas descanso si naciste para el trabajo? Ponte a paciencia más que a consolación, a llevar cruz más que a tener alegría. Cierto no hay hombre en el mundo que no tome muy de gana la consolación y alegría espiritual si siempre la pudiese tener; porque las consolaciones espirituales exceden a todos los placeres del mundo... ¡Oh Señor, hazme posible por tu gracia lo que me parece imposible por naturaleza! Tú sabes cuán poco puedo yo padecer... Tu vida, dulce Jesús, es nuestra carrera, por la santa paciencia vamos a Ti, que eres nuestra corona...».*

Algunos motivos para la paciencia cristiana:

a) La conformidad con la voluntad de Dios, que sabe mejor lo que nos conviene.

b) El recuerdo de los padecimientos de Jesús y de María, y el sincero deseo de imitarles.

c) La necesidad de reparar nuestros pecados por la voluntaria aceptación del sufrimiento.

d) La necesidad de cooperar con Cristo a la aplicación de los frutos de su redención para completar lo que falta a su pasión, como dice el apóstol San Pablo (Col 1, 24).

e) La esperanza soberana de la eternidad bienaventurada que nos aguarda si sufrimos con paciencia. El sufrir pasa, pero el fruto de haber santificado el sufrimiento no pasará jamás.

Evitemos, con la ayuda de nuestra Madre, los dos vicios que se oponen a esta virtud: la

**impaciencia** (se exterioriza con ira, quejas, murmuraciones, etc.) y la **insensibilidad** o dureza de corazón (que no se inmuta ni conmueve ante la calamidad propia o ajena).

### **Madre pacientísima**

La paciencia de Santa María era heroica, incansable, en las circunstancias en que le tocó vivir.

En su trato con el prójimo — que es una piedra en la que todos solemos tropezar— Ella encajaba las adversidades y flaquezas cotidianas.

Nosotros queremos que nos toleren, pero ¡qué poco toleramos a los demás! No vemos la viga en nuestros ojos y echamos en cara al prójimo la pajita del suyo. Las impaciencias, agobios, brusquedades, faltas de caridad, independencias... todo eso es fruto de la soberbia.

Imitemos a la Santísima Virgen. Cómo sería su trato con los demás, con aquellos que le cerraron las puertas en Belén... ¡Cuánto aguantó con la ignorancia de los discípulos, la vista de las ofensas y desamor a Dios, la dureza y terquedad... Las envidias de las autoridades, que no cejaban en su persecución contra Cristo.

Y en el Calvario..., ¿se quejó a los verdugos cuando atormentaban y crucificaban a su Hijo? Al contrario, ¡qué dulzura con todos! ¡Cuánta bondad, cuánta condescendencia maternal y cariñosa, en acogernos a todos — los pecadores— como hijos en el Calvario! ¡Qué serenidad y dulzura de su rostro!

Es paciente en su celo por hacernos mejores. Sabe que todo requiere tiempo... Así nosotros, no nos desalentemos por tener que volver a empezar cada día. Dios espera de nosotros esa paciencia animosa del esfuerzo.

Forma parte del proceso de santificación el aguantar que todavía no somos santos.

Si algo nos cuesta mucho, corramos al Corazón de María, métemonos en él. Pidamos su ayuda. Nos dará paz. Aprenderemos a ofrecer esas pequeñas cosas, y a distinguir si son fruto del amor propio herido o son de Dios.

### **Virgen amable y paciente**

*«Pues nunca te dejaste llevar de un movimiento de impaciencia, enséñanos a dominarnos, sobre todo en los momentos difíciles, y a no ceder a la ira ni al mal humor.*

*Ayúdanos a guardar habitualmente la paciencia con un amor ferviente y decidido a soportar todo lo del prójimo, con voluntad de sacrificarnos en su servicio sin ninguna mira a nuestro amor propio.*

*Ven en nuestro socorro cuando somos tentados a manifestar nuestro descontento, a demostrar nuestra irritación con reproches, a responder ásperamente a palabras o hechos que nos ofenden; danos valor para callar en vez de pronunciar una palabra hiriente.*

*Asístenos para apaciguar nuestra ebullición interior; haznos pensar en la cruz del Salvador y recuérdanos el suave camino que es amarlo.*

*Haz que reparemos toda impaciencia con un esfuerzo mayor de caridad, con atenciones más delicadas para con nuestro prójimo.*

*Y pues mostraste una amabilidad exquisita a todos, ¡inspiranos la preocupación constante de ser amables con todos los que nos rodean para contribuir a su alegría, para hacerles sentir el amor de Cristo y para hacer que les llegue un modesto reflejo de tu enorme bondad!». (Plegaria del P. Jean Galot)*



# LA ÚLTIMA BIENAVENTURANZA

*Bienaventurados los perseguidos a causa de la justicia,  
porque de ellos es el Reino de los cielos*

La última de las bienaventuranzas proclamada por Jesús en el Sermón del Monte predice la actitud por lo común hostil e indiferente del mundo respecto a los seguidores de Cristo y traza a éstos las normas que deberán seguir cuando se hallen frente a sus perseguidores. Es consigna para todos los tiempos. A los insultos, calumnias, persecuciones y violencias de todo género, habrán de responder con el sufrimiento paciente, generoso, valiente hasta el heroísmo del perdón y el gozo en los padecimientos. Tratamiento honroso para ellos al ser tratados igual que a su Maestro y por tanto les corresponde imitar la paciencia y valor que Él mostró desde la cuna hasta el Calvario, en medio de los más inicuos tormentos, víctima de la injusticia.

El paradigma de las bienaventuranzas y especialmente de esta octava es el Crucificado. No hay otro camino para entrar en el Reino de los cielos que el de la Vía de la Cruz que Él nos marcó. Aquí se manifiestan en plenitud y con toda su fuerza las palabras de Jesús: «Alegraos y regocijaos». En ellas la paradoja y contradicción alcanza toda

su amplitud. Paradoja de que quien pierde prestigio, honra y fama, gana. Contradicción, en el sentido de que se gana renunciando y se triunfa perdonando.

Tales son las condiciones para ser dignos ciudadanos del Reino de los cielos. Del justo perseguido, de su elogio y felicidad definitiva





se alude ya en el Antiguo Testamento, en el libro de la Sabiduría, de los Salmos. Lo portentosamente nuevo en el mensaje de Jesús es la consigna de aceptar con gozo y alegría esos padecimientos por amor a Él, llegando al extremo de *perdonar y amar a los perseguidores* (Lc 6,22). Debe existir perfecta identidad entre la pasión de Cristo y la de sus seguidores que dan la vida por Él. Los primeros cristianos soportando los padecimientos, recibían toda clase de tormentos con alegría al recordar las palabras y el ejemplo del Maes-

tro. El oprobio, la aflicción, la indignancia llevan a decir a San Pablo que *nada ni nadie conseguirán apartarlo del amor de Cristo* (cf. Rm 8, 35-39). La persecución viene por causa de la fidelidad a la Palabra de Jesús, por obrar el bien, por cumplir la Voluntad de Dios, para esto fuisteis llamados insiste San Pedro, pues también Cristo, el Justo, murió por los injustos (cf. I P 2, 21-24).

La bienaventuranza específica: *cuando os insulten, persigan o dijeren todo mal contra vosotros*. No es el derramamiento de sangre la visión inmediata, sino las humillaciones, el desprecio por llamarse cristiano. Esto ha de traer gozo y regocijo, gozo mesiánico de felicidad irradiante. La aprendieron los Apóstoles cuando al regreso de su primera flagelación iban gozosos por haber sido dignos de recibir ultrajes a causa del nombre de Jesús (cf. Hch 5, 41). Los discípulos son considerados continuadores de la misión de los profetas y se les augura una vida análoga de penalidades. Detrás de ellos y por medios de ellos, la luz de una misma perfección se proyecta graduada a todo bautizado: a nosotros, que deseamos ser seguidores de Jesús.

Vemos un ejercicio práctico de esta bienaventuranza en San Juan el Bautista que muere en defensa de la verdad, en el protomártir San Esteban, en los Santos Inocentes y tantos mártires que a lo largo de los siglos han dado su vida por permanecer fieles al amor al Crucificado y por amor a los hombres; por caridad, perdonando a sus verdugos y con el nombre de Jesús en sus labios. Los mismos apóstoles aceptaban las persecuciones alegres

por parecerse al Maestro socorridos por el Espíritu Santo y María, cuyo corazón traspasado por siete espadas es modelo de mártires.

Jesús nos invita a contemplar estos padecimientos sufridos en Su nombre, con alegría, gozo y esperanza, sabiendo que Él es misericordioso y se compadece de nuestras debilidades y sobre todo porque está con nosotros hasta el fin del mundo.

Para ello es imprescindible mantenerse firmes en la fe, esperar con total confianza la recompensa que no tardará, será grande en el reino de los cielos.

María, la fiel discípula del Maestro, la Maestra de dolores, aceptó la vida de sumisión y persecución silenciosa. Ella se apoyaba en el Dios roca, el Dios fiel, en el Dios digno de crédito. Disponible sin reservas al plan de Dios con entrega no pasajera ni momentánea, sino perseverante en las pruebas. Se entregó con todo su ser al proyecto de Dios por duro que pareciera con la plena certeza de que allí estaba la salvación de la humanidad. Entrega que jamás desmentiría. Ella, la que padeció en Belén, en Egipto, Nazaret y en la Vía dolorosa de su Hijo a quien acompañó con su sufrimiento silencioso y perdonando por amor.

María, que acunó y formó la primera Iglesia, permanece con nosotros que somos sus hijos. Es la que fortalece, en unión al Espíritu Santo, a los discípulos fieles para que alcancen la bienaventuranza con el gozo que da el ser hijos de Dios y poder padecer algo en Su nombre con la vista puesta siempre en la eternidad.

# Santísima Trinidad

## MISTERIO DE AMOR

**E**l misterio de la Santísima Trinidad –tres personas distintas, Padre, Hijo y Espíritu Santo y un solo Dios verdadero– sobrepasa con mucho la inteligencia y la razón del hombre, y no podemos llegar a entenderlo. Dios se ha revelado al hombre como una sola naturaleza divina y tres Personas y, porque se revela, nos llama a vivir en intimidad con Él: somos su familia, sus hijos, sus amigos.

Jesús nos dice: *«Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer»* (Jn 15,15). Como un amigo guarda para su amigo los secretos más preciados e íntimos, así el Verbo hecho carne, Jesús, Dios y Hombre verdadero, en un gesto de amor, ha revelado a los hombres el misterio de la Santísima Trinidad, que solo Él ha contemplado y contempla continuamente en el seno del Padre; y solamente después de esta manifestación nos llama amigos.

Jesús nos revela el gran Amor que existe en el seno de la Santísima Trinidad, entre las tres divinas Personas. Amor que nosotros debemos imitar aquí en la tierra, en nuestras familias y en toda la sociedad. Como es un misterio que se escapa a nuestro entendimiento, y es un Amor muy puro y sacrificado: *«hasta dar la vida por el que se ama»* (Jn 15, 13) como hizo Jesús, María Inmaculada viene en nuestra ayuda para enseñarnos a Amar, como el Padre ama al Hijo y el Hijo se devuelve en amor al Padre, hasta ser ese Amor entre ambos otra Persona: el Espíritu Santo que los une. El

Hijo se goza infinitamente de su Padre, de ser su Hijo, de ser su imagen perfecta y sustancial, goza de amarlo y de ser amado. Este gozo quiere participarlo a todos los hombres para que también gocemos de ese Amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amor que se nos comunica en el Espíritu Santo.

Jesús nos enseñó en su paso por la tierra cómo concretar ese Amor trinitario: *«Yo siempre hago lo que le agrada a mi Padre»* (Jn 8, 29). Sí, Jesús fue obediente, hasta la muerte y muerte de cruz. Y María Santísima, a imitación de su

Hijo, lo recogió en una breve y sustancial frase cuando les dijo a los sirvientes en las bodas de Caná: «*Haced lo que Él os diga*» (Jn 2, 5).

En el Misal Romano, el Prefacio de la fiesta de la Trinidad enuncia así el misterio trinitario: «*Padre santo, Dios omnipotente y eterno: con tu Hijo único y con el Espíritu Santo eres un solo Dios, un solo Señor, no una sola Persona, sino tres Personas en una sola naturaleza*».

El Padre es la fuente de toda la Trinidad. Desde siempre se conoce el Padre perfectamente a sí mismo y, conociéndose, engendra a su Verbo, Palabra sustancial en la que se expresa y se contempla a sí mismo enteramente, Hijo unigénito al que da toda su esencia, divinidad y bondad infinitas, del que dice el evangelista: «*En el principio la Palabra existía, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios*» (Jn 1, 1).

El Hijo es «*el resplandor de la gloria y la impronta de la esencia*» del Padre (Hb 1, 3); pero resplandor y esencia sustanciales porque el Hijo tiene en sí la misma naturaleza y las mismas perfecciones que el Padre.

Desde toda la eternidad el Padre y el Hijo se contemplan mutuamente y se aman infinitamente por la infinita indivisible perfección que ambos poseen; amándose, se atraen el uno al otro, y el uno al otro se entregan, derramando toda su naturaleza y esencia divina en una tercera Persona, el Espíritu Santo, que es el término, la prenda y el don sustancial de su mutuo amor.

Así la misma naturaleza y la misma Vida divina circula del

Padre al Hijo y del Padre y el Hijo se derrama en el Espíritu Santo, para luego refluir en el Padre. La Trinidad es el misterio de la vida íntima de Dios que rebosa de las operaciones perfectísimas de conocimiento y amor con que Él mismo se conoce y se ama.

Ahora podremos entender mejor lo que debe ser el amor entre los esposos, que es de tal calidad este amor que encuentra su plenitud en la entrega mutua del uno al otro, y esta entrega entraña una fuerza tan grande que los hace cooperadores de la creación de Dios, engendrando un nuevo ser: el hijo, culminación de su amor y en el que ambos se reconocen a sí mismos y al otro ser amado, hasta amar a esta nueva criatura por sí misma, y aumentar el amor recíproco que el uno al otro se tienen.

De ahí que podemos decir que la familia es, en este mundo, como un eco de la Santísima Trinidad: El padre, imagen de Dios Padre; la esposa, imagen de Dios Hijo; y el hijo engendrado, fruto del amor del padre y de la madre, es imagen de Dios Espíritu Santo.

El misterio trinitario presenta a Dios en tres Personas iguales y distintas pero subsistentes en una única naturaleza.

Esta es la fe católica: veneramos un solo Dios en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad; sin confundir las Personas y sin dividir la sustancia. Porque una es la Persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo. Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen una misma divinidad, una gloria igual y una majestad coeterna. Y la liturgia le hace eco: «*Al procla-*

*mar nuestra fe en la verdadera y eterna divinidad, adoramos tres Personas distintas, de única naturaleza e iguales en su dignidad*».

Recemos: ¡Oh, Trinidad Bienaventurada! Creo, adoro, espero y os amo, y os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman.



*“Dios no soporta que uno sea generoso con Él quedándose  
El de brazos cruzados”. (M. M<sup>a</sup> Teresa De Simone)*



1-2) Nuevo Museo de la Capelina de Nuestra Señora de Fátima en La Alameda (Santiago de Chile). 3-5) Procesión de Primer Sábado por las calles de New Jersey (EEUU). 6-8) Visita de la Directora General de las Misioneras del Reinado de María a Venezuela. 9-10) Celebración del 13 de mayo con los miembros del Reinado de María Buenos Aires (Argentina). 11) Los pequeños y ¡viva María! Los niños de La Estructura (Brasil) también celebran a Nuestra Señora. 12-13) Desde Cusco (Perú).

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

**Conecta con nosotros**  
[info@reinadodemaria.org](mailto:info@reinadodemaria.org) | [www.reinadodemaria.org](http://www.reinadodemaria.org) |  

